



APUNTES Y RECUERDOS DE JUAN DE MAIRENA

A D. TOMÁS NAVARRO

SOBRE LA VOZ. «*Hombre necio habla recio*, dice un proverbio popular, de cuyo total acierto no respondo: porque he conocido a hombres nada huecos de voz tonante, y a más de un gagnápiro de voz apagada. Mas siempre he desconfiado de la voz desmedida—sobrada o insuficiente—de quien no calcula bien la distancia que media entre sus labios y los oídos de su interlocutor. En la medida de la voz—como en la medida de tantas cosas—son maestros los franceses, entre quienes pudieran muy bien nuestros actores aprender lo más elemental de su oficio».

A causa de esta nota, fué acusado Mairena por cierto erudito, un tanto malicioso, de hombre que pretende encubrir su propia insuficiencia auditiva. Y la nota, en efecto, pudiera ser de un sordo vergonzante, a quien irrita la voz normal de su

interlocutor, que él no alcanza claramente a oír, y, no menos, la voz reforzada y chillona de quien conoce su secreto, y lo revela, gritando, a todo el mundo. Porque esto tiene el sordo, que explica la perennidad de su mal humor: cuando no oye se entristece; si llega a oír, se enfada. Pero los hechos no siempre dan razón a las conjeturas más sutiles: porque lo cierto es que Mairena fué un hombre de oído finísimo, de los que oyen—no ya sienten—crecer la hierba.

Sin embargo, para un psicólogo *behaviorista*, algo había en Mairena que podía explicar la opinión de sordo, y hasta de sordo intelectual en que algunos le tuvieron: la lentitud y el desorden de sus reacciones o reflejos fonéticos.

Mairena, en efecto, tardaba en contestar cuando se le hablaba, y, alguna vez, ni contestaba siquiera. Pero la verdadera explicación de todo esto debe buscarse no sólo en los olvidos, arrobos y ensimismamientos que le eran habituales, sino también, y sobre todo, en su costumbre de someter a lazarito de reflexión las preguntas que se le dirigían, antes de contestarlas. Esto llegó a irritar más de una vez a su tertulia, y no faltó quien le gritase: ¿no me ha oído usted!!! A lo cual respondía Mairena con frase, en apariencia, de sordo atrabiliario: porque lo he oído a usted, precisamente, no le contesto.

•

Sobre el sonido de nuestra propia voz—escribe Mairena en sus cuadernos inéditos—quiero recordar esta fina observación de Federico Nietzsche: *A veces, en la conversación, el sonido de nuestra propia voz nos causa una cierta inquietud y nos lleva a afirmar cosas muy contrarias a nuestras opiniones.* El hecho, cuya causa no indaga Nietzsche, es cierto. Y aún pudiéramos añadir

que ello explica el rubor que a veces nos invade al oírnos hablar, y sorprendernos en flagrante delito de insinceridad; como explica también un fenómeno de apariencia contraria: la seguridad y refuerzo de su propia insolencia que adquiere, al escucharse, el hombre fresco y vacío, el cual encuentra en el tono de su propia voz una invitación a la oratoria, y hasta un comienzo de elocuencia. Porque en ambos casos se produce la ilusión de ser otro el que habla por nuestros propios labios, lo que, si a unos avergüenza o entristece, a otros halaga, con la esperanza de llegar a emitir conceptos que no sean demasiado estúpidos.

*

Ganar amigos. La fama de sordo que padeció Mairena en los últimos años de su vida llegó un día hasta la trompetilla o cucharón acústico de un sordo auténtico, el cual, con ese tono de aparte de teatro que suele acompañar a la sordera, exclamó: Ya lo había yo sospechado. ¿Y qué habrá, en efecto, que un sordo no sospeche? Cuando Mairena lo supo, se dedicó a simular levemente la sordera, en sus diálogos con el sordo, en parte por lo que él consideraba un cuasi deber de cortesía, en parte —decía él—por conservar a aquel buen hombre la ilusión de tener entre sus compañeros de infortunio a una persona relativamente distinguida.

*

Mairena no era, en verdad, un nombre modesto; pero no aceptó nunca la responsabilidad de las afirmaciones rotundas, ni aún tratándose de su propia honorabilidad.

—Porque yo—dijo un día en clase—, que he vivido, hasta la fecha, con relativa dignidad...

—Relativa no, maestro—le atajó un discípulo—, ¡absoluta!
 —Porque yo—corregía Mairena—, que viví hasta la fecha con una decencia tan considerable, que obtuvo, alguna vez, la hiperbólica reputación de absoluta...

*

Sobre las paradojas. Dos formas hay de enunciar las paradojas, que recomiendo a vuestra reflexión, por si algún día dais en paradojistas: La primera es la dogmática y rotunda, cínicamente engastada entre silogismos, la calderoniana, siempre impresionante.

Ejemplo:

*Porque el delito mayor
 del hombre es haber nacido.*

La segunda es la popular, más graciosa y sutil, que ni siquiera parece paradójica, la del gitano que ahorcaron en Ubeda, sin otro delito—decía él—*que haber venío a este mundo.* Tras la paradoja calderoniana, hay toda una teología muy bien sabida, y están las aulas de Salamanca y de los Estudios de San Isidro; en la frase del cañí, toda una experiencia vital, y el análisis exhaustivo de una conciencia, a la hora de la muerte. Si me preguntáis cuál de estas dos maneras de expresar lo paradójico es la más poética, os contestaré: eso va en gustos; para mí, desde luego, la del gitano.

*

Decía Federico Nietzsche que la ventaja de una mala memoria consiste en poder gozar varias veces de una misma cosa, por primera vez. La frase—comentaba Mairena—es ingeniosa y, *sin embargo*, no es ninguna tontería.

*

Dos cosas importantes ha de saber el poeta: la primera, que el pasado no es sólo imperfecto, como ya se ha dicho con sobradas razones, sino también perfectible a voluntad; la segunda, que el olvido es una potencia activa, sin la cual no hay creación propiamente dicha, como se explica o pretende explicarse en la metafísica de mi maestro Abel Martín.

*

Mairena, crítico de teatros. Nuestros actores que, en general, no carecen de inteligencia, suelen entender lo que dicen, pero muy rara vez lo sienten. Y es su inopia sentimental lo que les lleva a simular el sentimiento, exagerando sus gestos exteriores. Pero un sentimiento simulado es algo tan insoportable en el teatro como fuera de él. Sólo nuestro gran Antonio Vico logra, en momentos determinados, el perfecto ajuste del gesto y la palabra, su coincidencia exacta en la expresión *teatral* de una emoción *auténtica*. En estos momentos inolvidables, es Antonio Vico el actor más grande que ha pisado nuestra escena. (De un artículo de Mairena, publicado en *La Venencia de Jerez*, 1900.)

*

La ineptitud de nuestros profesionales de la crítica teatral—Mairena alude a los de su tiempo—ha convertido a más de una fina actriz de comedia en máscara *destrozona* de la tragedia.

*

Cuidado, niña—decía Mairena a una joven actriz, descaminada por la crítica—, que no basta berrear para ser trágica. Y hasta convendría no berrear. En último caso, hay que sentir lo que se berrea.

*

*Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.*

Estos versos—de un coplero sevillano, que vaga hoy por las estepas de Soria—deben ser meditados por nuestros actores, los cuales no aciertan con el más leve acento de verdad cuando representan personajes que, como Hamlet, Segismundo, Don Juan, no pueden ser *copiados*, sino que han de ser, necesariamente, *imaginados*. (Recortado de «El Faro de Chipiona», 1907.)

*

SOBRE LO ORDINARIO

Siempre he oído decir—habla Mairena a sus alumnos—que las personas ordinarias dicen: *mi señora*, cuando aluden a la propia consorte, y las personas distinguidas, en el mismo caso: *mi mujer*. El hecho es cierto y, como tal, no lo discuto. Sin embargo, una persona distinguida, que no sea demasiado ordinaria, tendría algo que oponer al hecho mismo, si tratásemos de convertirlo en norma universal de buena crianza. Reparad en lo mal que suena la expresión: *mi hombre*, proferida por una mujer, que no haya perdido totalmente la vergüenza. Porque aquí el posesivo degrada al sustantivo, sin la menor compensación. *Mi hombre*, parece querer decir: el hombre que tengo yo para mi uso personal y exclusivo. Nuestro orgullo masculino se subleva, no lo dudéis. ¿Pensáis vosotros que la mujer no tiene el menor derecho a sublevarse contra una expresión equivalente? Aunque así lo penséis, y yo os lo conceda, que es mucho conceder, habréis de convenir conmigo en esto: el hecho de que la familiaridad no engendre el menosprecio, y

que la mujer de nuestra mayor intimidad, y la más desdichada, en cuanto comparte nuestras horas más tristes, sea enunciada en términos de castidad y de respeto, no es una prueba de ordinariéz, sino de modestia, de piedad y de cultura que suelen dar las personas ordinarias, para ejemplo y edificación de las distinguidas.

*

Lo que hubiera dicho Mairena el 14 de abril de 1937.

Hoy hace seis años que fué proclamada la segunda República española. Yo no diré que esta República lleve seis años de vida; porque, entre la disolución de las ya inmortales Cortes Constituyentes y el triunfo en las urnas del Frente Popular, hay muchos días sombríos de restauración picaresca, que no me atrevo a llamar republicanos. De modo que, para entendernos, diré que hoy evocamos la fecha en que fué proclamada la segunda gloriosa República española. Y que la evocamos en las horas trágicas y heroicas de una tercera República, no menos gloriosa, que tiene también su fecha conmemorativa—16 de febrero—y cuyo porvenir nos inquieta y nos apasiona.

Vivimos hoy, 14 de abril de 1937, tan ahincados en el presente y tan ansiosamente asomados a la atalaya del porvenir que, al volver por un momento nuestros ojos a lo pasado, nos aparece aquel día de 1931, súbitamente, como imagen salida, nueva y extraña, de una encantada caja de sorpresas.

¡Aquellas horas, Dios mío, tejidas todas ellas con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia!... Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón. Con las primeras hojas de los chopos y las últimas

flores de los almendros, la primavera, traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecían fundirse en una clara leyenda anticipada, o en un romance infantil.

*La primavera ha venido
del brazo de un capitán.
Cantad, niñas, en corro:
¡Viva Fermin Galán!*

Florece la sangre de los héroes de Jaca, y el nombre abriño del capitán muerto y enterrado bajo las nieves del invierno, era evocado por una canción que yo oí cantar, o soñé que cantaban los niños en aquellas horas.

*La primavera ha venido
y Don Alfonso se va.
Muchos duques le acompañan
hasta cerca de la mar.
Las cigüeñas de las torres
quisieran verlo embarcar...*

Y la canción seguía, monótona y gentil. Fué aquel un día de júbilo en Segovia. Pronto supimos que lo fué en toda España. Un día de paz, que asombró al mundo entero. Alguien, sin embargo, echó de menos el crimen profético de un loco, que hubiera eliminado a un traidor. Pero nada hay, amigos, que sea perfecto en este mundo.

ANTONIO MACHADO.